

El mundo después de Trump

Xavier Vives



El otoño del año pasado en Nueva York pregunté a un profesor norteamericano amigo sobre si los *rednecks* (que trabajan al aire libre y les queda la marca del sol en la nuca) eran la base de apoyo de Trump. Me contestó que los agricultores y el mundo rural constituían una base importante, pero que los *hillbillies*, de quienes yo no había oído hablar, lo eran más. Estos son, fundamentalmente, trabajadores manuales blancos sin formación que le dieron la victoria en las elecciones del 2016. A los menos educados y pobres se les ha denominado *white trash* (basura blanca). Trump dijo que él mismo lo era, excepto que era rico y no pobre como ellos. A estos se ha añadido en estas elecciones, en que Trump ha aumentado el apoyo hasta 71 millones de votos, un estimado 30% de hispanos y casi un 10% de afroamericanos. Como ha dicho el senador republicano de Missouri Josh Hawley, “somos ahora un partido de la clase trabajadora”.

Un denominador común de estos grupos es el resentimiento por resultar perjudicados en el proceso de globalización y ser tildados por las élites progresistas de poco considerados con el medio ambiente, sexistas y racistas. Hillary Clinton etiquetó de “cesta de deplorables” a la mitad de los partidarios de Trump. Muchos estadounidenses se sienten ahogados por la corrección política y no responden verazmente las encuestas, que han infravalorado el apoyo a Trump. El hecho es que en el periodo 2017-2019 la economía ha ido bien, los salarios más bajos han aumentado, así como la media de los ingresos. El empleo mejoró tanto en la manufactura como en algunos estados que votaron a Trump. Pero la política proteccionista de Trump puede tener efectos negativos re-

tardados, algunos ya se han manifestado. Hay que tener también en cuenta que el estímulo económico trumpiano tensionó el mercado de trabajo e hizo subir los salarios.

Sea como sea, de no haber sido por la pandemia, es muy probable que Trump hubiera ganado. A la pregunta crucial de si a principios del 2020, “¿está usted mejor que en el 2016?”, muchos norteamericanos habrían respondido que sí. Pero Trump ha mostrado una gran incompetencia en su falta de respuesta a la Covid-19, y los 230.000 muertos acumulados hasta la elección han pesado en el electorado, seguramente más que su demagogia, comportamiento extemporáneo y corrosivo de la democracia. Sin embargo, 71 millones de ciudadanos le han dado apoyo, emocional, por haber sabido canalizar su resentimiento, o cínico por mantener las reba-

una realidad, y en eso parece estar trabajando ya el Partido Republicano con su actitud obstruccionista. Las semillas del populismo, alimentadas por la crisis financiera global del 2007-2009, se han reavivado con la pandemia y sus devastadoras consecuencias.

La segunda es que el sistema electoral de EE.UU. clama por tener un sufragio directo para elegir al presidente y para modernizar los métodos de recuento de votos, más propios del siglo XVIII. El sistema actual, en vez de unir, separa, y puede dar incentivos a la secesión de estados. La otra asignatura pendiente es controlar la financiación desmesurada de las campañas electorales.

La tercera es que Biden no podrá desplegar su programa con una menigua demócrata en la Cámara de Representantes y un Senado en manos de los republicanos (sujeto a lo que

pase en la segunda vuelta en Georgia en enero). La bolsa ha interpretado que el gobierno dividido resultado de las elecciones impedirá a Biden grandes proyectos como el *green new deal* o subidas importantes de impuestos. Eso sí, EE.UU. volverá al multilateralismo, al acuerdo del clima de París y a la OMS. La pugna tecnológica entre China y EE.UU. continuará, quizá con formas más suaves. Habrá un cierto consenso en la política antimonopolio en relación con las grandes plataformas tecnológicas. Biden es un hábil negociador y podría resultar un presidente efectivo al impulsar programas sociales como lo fue Lyndon B. Johnson. La clave demócrata tendrá que ser mejorar la educación a todos los niveles. Esta parece la única forma, aunque

lenta, de reducir la actual fractura social.

Finalmente, Europa tendría que sacar como lección del periodo trumpiano la necesidad de construir una política tecnológica y de defensa independiente de EE.UU. No solo el peso de Europa en el mundo depende de ello, sino su futuro económico. Aquí la inteligencia artificial y el procesamiento de datos masivos ejercen un papel crucial. Europa no se puede dejar intimidar por Rusia y no puede quedar de comparsa en la pugna entre EE.UU. y China solo reclamando el humanismo tecnológico como propio.●



JONATHAN ERNST / REUTERS

Biden es un hábil negociador y podría ser un presidente efectivo al impulsar programas sociales

jas de impuestos. El resultado electoral plantea muchas cuestiones.

La primera y fundamental es que se ha ganado una batalla por la democracia liberal en el mundo, pero no la guerra. Su destrucción desde la Casa Blanca se ha detenido por el momento, así como Trump como referente internacional del populismo. Los famosos contrapesos (*checks and balances*) no han funcionado muy bien al permitir todo tipo de excesos en la Administración Trump y al no dar opción real a un proceso de *impeachment* para el que había razones de sobra. Veremos qué pasa cuando Trump sea desalojado del poder. Trump 2024 aún puede ser

X. VIVES, profesor del Iese